

Stella

Elvira Hernández

Stella fue un golpe de dados, una gran carta puesta en el tapete donde se mueve –lo que una vez motejó con los ojos cerrados– “esta ridícula cosa llamada vida”. Nadie escapó a su magnetismo y los que cruzaron sin percatarse su camino concluyeron como virutas de metal, atrapados en su atadura, ya fuera bajo la fusión ciclópea de su abrazo acogedor, la interpelación de una frase acorralante o la repulsa institutiva de su puño.

La conocí cuando la dictadura militar había hecho su domadura entre la gente y esparcía los puntales del adocenamiento y la medianía. Eran los años 80, y el neocapitalismo criollo del que éramos presas urdía su dolo y sus maulas; entonces Stella pateaba y machacaba con su taco la fachada continua de esos días imposibles de trivialidades. En ese clima de desgracias, pudo vérsela recorriendo calles patrulladas como un felino misterioso, dibujando arabescos con sus pies en las veredas a un ritmo incontrolado, y con una ebriedad mayor y más pura que aquella que le adjudicaban. No cabe duda que percibía el llamado de su propia selva y, en medio de un bombardeo de imágenes anodinas que se iniciaba, era una aparición poética de la urbe, un verdadero poderío.

Un sinfín de recomendaciones había sonado a mis oídos para que evitara los dominios de “La Colorina”, pero yo no tenía referencia de ese

mapa, y era entonces ignorante de su leyenda literaria, además de desconocer la inclinación cultural nuestra por el gusto de enterrar a sus poetas antes de tiempo; es decir, todavía no aprendía a bucear bajo tierra. Cierta tarde, en la SECH, en un salón semivacío oí a mis espaldas un vozerón: “Tú no tienes que tener miedo de mí”. Al volverme encontré frente a mis ojos el espaldar de una mujer maciza, inmóvil y solemne. En ese momento tuve la sensación que me observaba una suerte de ojo pineal, pero no pude seguir con mi modorra pensativa porque un brazo hercúleo salió de un costado, atrapó mi brazuelo y me atrajo hasta ponerme frente a sí. Stella Díaz Varín podía no tener los cabellos rojizos a esa hora, pues en su cabeza esponjaba ya una melena del color de los huesos sufridos, ebúrnea, que la coronaba magistralmente; no obstante era la Colorina, la que con los años tuve en claro, nunca destiñó.

En esa circunstancia de presentación estrambótica, al ver cómo Stella deglutía –la palabra intelección no tendría jamás avenimiento con su persona– y le tomaba el gusto y el pulso a nuestro mundo circundante, sólo pude repelarme por la tardanza con que fui a parar frente a esta mujer, que como dicen las comadres, se las sabía todas.

Creo que nunca se logró descifrar a tiempo lo que Stella era y proponía.

Somos en esos trances de apreciar a la gente una sociedad-avestruz que suele preterir con facilidad y luego olvidar. Lo cierto es que también el recuerdo de la musa excesiva se antepone a la tremendeza de la poeta, para quien la poesía era, por sobre todo, una experiencia de vida y una protesta del espíritu antes que una página literaria. Esto hacía que ella dilatara las publicaciones con un intrincado rodeo gestual y un largo trayecto que, final y enardecidamente, desembocaba en la letra. Estas prácticas sustanciosas hicieron de Stella una genuina artista de la performance, madrugando la expresión que luego, a su vez, oscilaría entre la aparatosidad y la sosería del lugar común, en el espacio chileno del arte.

Contradictoria a carta cabal en su escenario que no confundió ni mezcló con su posición política, no fue amiga de la pose sino de la provocación que le permitía poner en evidencia las almas funcionarias y funcionales. Sus escándalos llevaban el sello de la violencia solitaria sobre la confitería de “el hombre fósil”, punición a la que la mujer no podía acercarse.

No le interesaba la teoría ni la estética, a las que pensaba había que tratarlas con el pie. Nunca le oí hablar de surrealismo, pero estaba imbuida de su espíritu, así como Neruda y Rosamel del Valle, cada cual a su manera, se habían empapado del lenguaje surreal; o Nicanor Parra, Lihn y Jodorowsky habían asimilado la téc-

nica del collage en los días del *Quebrantahuesos*. Pero Stella levantaba una palabra trabajada líricamente en protesta contra un mundo que avanzaba con mucha fuerza antipoética. Si se le hubiese preguntado por la condición surrealista, aventuro que hubiese respondido con una definición humorística que circulaba en los años 30: “romper la jeta” y a continuación le habríamos visto un mohín de la mayor elegancia y refinamiento. Mas no fue nunca una mera colección de anécdotas; poeta del canto, sabía que su voz por sí sola era un cataclismo.

Sus libros fueron para una minoría de lectores que la presentía. *Razón de mi ser*, 1949, el comienzo en las letras de molde, puso el dedo en la llaga de la mujer poeta: su decir. “Yo soy la vigilia/ Ustedes/ Los hombres castigados/ Los labradores/ De gestos oblicuos”, diría con posterioridad en el poema “Albedrío”, herida por un mundo que la desolaba. En las páginas desplegaba, y no podía ser de otra manera, la lucha que dio toda su vida por abolir la guillotina que inmemorial caía sobre la mujer.

En 1987, después del Encuentro de Críticas y Escritoras que se realizó en Santiago, ocurrió el redescubrimiento de Stella, la republicación y más tarde el hallazgo de los poetas más jóvenes: una poeta auténtica que despotricaba contra el tiempo del asco.

Stella siguió escribiendo en secreto y a la vista de todos, su conflagración, su obra, hasta el último día, *De cuerpo presente*. ♦



Stella Díaz: sus libros fueron para una minoría de lectores, que se amplió en 1987, cuando fue redescubierta por los poetas jóvenes. Foto del Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional.